

EL CENTENARIO DE ISAACS

He sido invitado por los Directores de la REVISTA DEL ROSARIO para escribir algunas breves líneas sobre el autor de «María» con ocasión del homenaje que Colombia ha tributado a su memoria al cumplirse el centenario de su nacimiento.

Y como en realidad tengo algo nuevo que poder decir, algo que, por lo demás, me toca muy de cerca, no he vacilado en aceptar la obligante invitación.

No se trata de escrito mío reciente. Lo que se leerá en seguida lo entresaco de la obra que há tiempos tengo en preparación sobre mi padre, y de la cual he dado a conocer ya al público algunos capítulos.

Aquella obra no es meramente política. Estará dividida en libros, uno de los cuales lleva por título *La personalidad y el carácter de Holguín.--Recuerdos íntimos*. Y entre los diversos capítulos que lo forman, hay dos «La casa del Carmen» y «Las flores de la hija de Caro», de donde entresaco hoy las líneas que se verán en seguida y en las cuales aludo a Jorge Isaacs.

A. H. y C.

Dado el carácter expansivo y esencialmente sociable de Holguín, cuya brillante juventud recordaba con tan cariñosa emoción al cabo de los años la hija del general Santander en la carta citada atrás, parece natural que sus miradas hubiesen sido definitivamente atraídas por alguna de las bogotanas que en los sencillos pero siempre refinados salones de nuestra ciudad de mediados del siglo XIX descollaban por su modo y por su roce social.

Y sin embargo no fue así. Hombre además sensible y emotivo, a quien siempre atrajeron de manera especial las severas disciplinas del espíritu, los afectos de su corazón llevaronlo natural y espontáneamente a la que sus descendientes hemos llamado «la casa del Carmen». Sitio apacible y venturoso, poblado de patrióticas reminiscencias y a donde apenas si de vez en cuando llegaban los ecos de las grandes fiestas sociales y de las sirenas del mundo, a su sombra vivía, rodeada de unánime respeto, la huérfana familia de José Eusebio Caro.

Como éste, Holguín hubiera podido cantar al acercarse a sus puertas:

Yo te presiento, Hurí que aún no conozco,
 Por la inquietud que ya comienza en mí,
 Cual se presiente por el son la lira
 O por su olor presíéntese el jazmín.

.....

 Ah! sólo sé de tí que habré de hallarte
 Tan pura en tu beldad y juventud
 Como la flor del Alpe oculta en nieves
 Jamás holladas por viajero algún.

Antigua vivienda del prócer don Miguel Tobar, en 1819, nació allí Blasina, hija del sabio jurisconsulto y esposa de José Eusebio Caro, quien precisamente en ella escribió varias de sus mejores poesías y dio forma a sus vibrantes escritos de "La Civilización", para de allí salir, nublados los ojos por el llanto y transida el alma de dolor, hacia el destierro de donde nunca más habría de volver. En la casa del Carmen despertaron sus hijos a la vida, y corrió su niñez, y vivieron en su juventud. Allí nutrió Miguel Antonio su poderoso talento y cosechó sus primeros laureles literarios y políticos; allí se delineó el dulce carácter de Eusebio; y allí, en el mismo devoto oratorio donde en 1843 recibieron la bendición nupcial José Eusebio Caro y Blasina Tobar, recibieronla, en 1870, Carlos Holguín y Margarita Caro.

Situada a pocos pasos de la iglesia que le dio el nombre, la casa del Carmen componíase de dos pisos, elegantemente construídos bajo la dirección del afamado arquitecto inglés Mr. Reed, y estaba dotada de cuantas comodidades podían apetecerse en aquella época. Amplias habitaciones, patios claustreados y con arcos—todos aire y sol—de cuyas columnas pendían innumerables tiestos sembrados de margaritas, geranios y claveles; aguas directamente derivadas del que fue río Manzanares y que alimentaban los surtidores de la fuente del patio principal y las albercas del interior; tenía además, huertas, caballerizas, frondosos jardines.

Tal como quedó definitivamente reconstruída hacia 1852, salvo que en las huertas edificaron luego otras más pequeñas que miran a la carrera 5ª., aquella casa es la misma de la calle 9ª., antigua de San Alberto, donde hoy se encuentra el noviciado de las Hermanas de la Caridad.

.....

 ¿Cuándo conoció Holguín a quien fue, según el verso de Vergara y Vergara, "hija de Caro y su mejor poesía", a la que habría de ser, sirviéndonos del de Arboleda a su amada, "orgullo de su casa y de su nombre"?

Jamás cayó de su memoria una tarde de 1858 en que, paseándose en el atrio de la catedral, la vio por primera vez. Conversaba con don Julio Arboleda, Bartolomé Calvo, Lázaro Pérez, Arcesio Escobar. De pronto, llamándole la atención, díjole el primero: "Aquella niña que pasa es la hija de Caro". Frisaba en los diez años.

Y ella ¿cuándo le conoció? Nunca pudo precisarlo. El recuerdo de Holguín iba unido en su memoria a los más lejanos de su niñez y de su juventud. Y entre éstos conservó muy claro, muy preciso el de la entrada triunfal del presidente Ospina después de la batalla del Oratorio y la marcial comitiva que presidía la marcha, a cuyo frente, a caballo, iban el Gobernador de Cundinamarca, coronel Pedro Gutiérrez Lee, y Holguín, su Secretario de Gobierno. Ni olvidó su figura cuando en vísperas de la catástrofe del 18 de julio lo vio entrar en la propia casa del Carmen, con insignias de guerra, en medio del Estado Mayor del general Espina, al cual pertenecía, que fue a solemnizar con su presencia la administración del santo Viático que el Arzobispo Herrán llevó al casi moribundo general Diago, asilado en casa de los Caros y Tobares después de la herida que recibió en la batalla de Subachoque.

Relámpagos de aquellos que hieren las retinas juveniles y que perduran luego a través de los años!

Después vino la amistad, aquilatada con la muy estrecha que el doctor Manuel María Mallarino cultivaba de vieja data con los Caros y Tobares, y precedida, además, de la de Mercedes, la hermana de Holguín primeramente radicada en Bogotá, y de quien se ha dicho que fue la inspiradora de "María", acaso por las íntimas relaciones de amistad y parentesco que unían a los Holguines y a los Isaacs, y acaso también teniendo en cuenta las temporadas campestres que a menudo pasaban las dos familias en sus vecinas haciendas de "Zabaletas" y "El Paraíso". Allí, en efecto, se concertó el enlace de Julia, la mayor de los Holguines, con Lisímaco, hermano de Jorge, muerto pre-

maturamente poco después de su matrimonio. Posible es que allí mismo naciera otro romántico pero frustrado amor....

Y volvamos al hilo de nuestra narración. La amistad de Holguín con los Caros y Tobares estrechóse hacia 1865, época en que, con la primera administración constitucional, presidida por el doctor Murillo, se iniciaba la vuelta de Colombia al régimen civil, en mala hora quebrantado por la espada victoriosa de Mosquera. La hecatombe de 1860 a 1863 había consumido, junto con la riqueza, las energías de la nación. Pero la suave tolerancia de que dio muestras el doctor Murillo, así como el tacto político que demostró tener la valiente juventud conservadora que acudió a la prensa a defender sus principios, hicieron concebir fundadas esperanzas de paz y de progreso, a cuya sombra se vio en Bogotá una espléndida flosrescencia intelectual, de la que fue Miguel Antonio Caro uno de los más vigorosos renuevos.

Habiendo fallecido poco tiempo antes el doctor Tobar, Caro, que apenas pasaba los veinte años, fue el depositario obligado de la herencia intelectual de la casa del Carmen. Las amplias habitaciones que allí guardaban las bibliotecas del padre y del abuelo, los retratos de familia, los viejos pergaminos, fueron el sitio donde apuntó, radiante, la aurora del publicista y del poeta. Y era allí justamente donde él, en la época de que hablamos solía reunir, al caer de la tarde, a un reducido grupo de amigos, cultivadores unos como él de las bellas letras; otros, como él también, inclinados además a las faenas del periodismo político,— todos hombres de pensamiento.

Carlos Holguín, que era del número, anunció en una ocasión que próximamente tendría el gusto de llevar a un pariente y amigo de su niñez, que del Cauca había llegado poco tiempo antes trayendo consigo un considerable bagaje intelectual, y quien ya había sido introducido a la tertulia literaria de "El Mosaico". Y en efecto, pocas noches después presentábase Holguín en la casa del Carmen con su anunciado compañero, en cuyas facciones se advertían rasgos latinos, rasgos sajones y rasgos de razas orientales, y en quien a primera vista se adivinaba el alma de un poeta.... Huelga decir que se llamaba Jorge Isaacs.

Desde entonces, y durante su prolongado noviazgo, Holguín tuvo como constantes compañeros en sus casi dia-

rias visitas a la casa del Carmen a Jorge Isaacs y a Alejandro Posada, quienes de esta suerte estrecharon a su turno cordiales relaciones con los Caros y Tobares.

Y vamos a revelar aquí un secreto literario, que escondido se encuentra entre las hojas estropeadas por el tiempo, del diario íntimo de la hija de José Eusebio Caro. Curiosidades literarias, acariciadoras ilusiones; pálpense en esas frágiles hojas, todas vida y calor, todas fe y sentimiento, donde día por día, casi hora por hora, dejó ella correr su pluma allá por los años de 1866 a 1870, año este último en que el presbítero doctor Perilla bendijo en el oratorio de la casa del Carmen su eterna unión con Carlos Holguín.

En la narración correspondiente al 21 de febrero de 1867 se lee lo siguiente:

Isaacs está enfermo, y como Miguel Antonio no puede salir porque también lo está, el primero le escribió para decirle que acudiera a mí para que le ayudara a la corrección de las pruebas de la "María" y con tal objeto le envió las tiras. Yo he accedido muy gustosa a cooperar en la empresa.

¡Quién hubiera podido imaginar que las pruebas del gran poema en prosa de Jorge Isaacs, fueron, antes de pasar a la imprenta, revisados y corregidos por la hija adolescente de José Eusebio Caro!

Mas si se penetra un poco en el ambiente de la casa del Carmen, podrá verse la idea que tenía Isaacs del criterio de la joven persona a quien pedía le ayudase en la corrección de las pruebas de su novela. En efecto, entre los libros predilectos de su juventud conservó ella siempre, y sus hijos lo conservamos aún, las poesías de Moore—"Moore's Poetical Works"—en cuya portada pueden leerse los tres siguientes autógrafos:

A mí querido amigo Salvador Camacho Roldán.—Nueva York, septiembre 1º de 1863.—FELIPE ZAPATA.

* * *

Profano en los misterios de la poesía, mi culto por este arte divino es semejante apenas al que los atenienses rendían al "Dios no conocido". Este libro, que contiene las armonías del más dulce de los poetas ingleses, debe pertenecer, pues, al autor de "La muerte del sargento", "Río Moro", "La Montaña-ra", "La vuelta del recluta" y "El Turpiaí", uno de los más inspirados poetas colombianos. Acéptelo, Jorge R. Isaacs, como una

muestra de la admiración y recuerdo de la amistad que le profesaba, SALVADOR CAMACHO ROLDAN.—Bogotá, 10 de junio de 1864.

* * *

Señorita doña Margarita Caro.—Margarita: Ya ve usted que la dedicatoria del doctor Camacho me impone el deber, por galantería y reconocimiento, de cuidar mucho este libro. Pero está muy mal en mis manos: yo no sé inglés, y es muy voluminoso el tomo para que resuelva a cargarlo en mi morral de monte en monte. Guárdelo usted. Tal vez alguno de mis hijos llegará a merecer de usted un cariño semejante a aquel con que hoy me honra mi señora Blasina. Si así sucediere, muéstrele usted un 10 de junio esta página; él besará la mano que se la señale y los renglones que aquí escribo.—Bogotá, 10 de junio de 1867.—JORGE ISAACS.

¿Verdad que este ejemplar es una especie de joya literaria de inapreciable valor?

Como grato recuerdo de su niñez y juventud conservó ella también, y con reverente cuidado lo conservamos sus hijos igualmente, un álbum, guarnecido por lujosa pasta de nácar, que en 1856 le envió de regalo don Joaquín Mosquera, y en cuya primera página escribió de su puño y letra una hermosa dedicatoria el muy ilustre ex-presidente de la Gran Colombia. Las demás hojas las llenaron los poetas. Al pie de evocadoras composiciones, vense allí las firmas de Carrasquilla, de Vergara, de Caicedo Rojas, de Ortiz, de Isaacs, de Posada, de Holguín, de varios otros.

Y vaya aquí de nuevo el recuerdo de Isaacs, quien además del soneto a que se aludirá en seguida, dejó de su letra en aquel álbum, con este encabezamiento: “Escribiendo las últimas páginas de la “María”, un largo trozo donde desborda un romanticismo agudo, cómo apasionado a los sitios donde corrieron sus primeros años.

Pero esto no hace al caso. Corría el año de 1866. Y un grupo de caballeros, seguidores de San Vicente de Paúl, organizó un bazar de caridad con el fin de allegar recursos para los pobres. La sociedad bogotana acudió con largueza al llamamiento. Pensadores, poetas, periodistas, hombres de mundo, damas elegantes, cada cual contribuyó a la fiesta en la medida de sus capacidades. Y como recuerdo, que hoy sólo conservan cual rara curiosidad unos pocos bibliófilos, publicóse un pequeño volumen, titulado “Al-

bum de los pobres”, donde se hallan reunidas las composiciones que, autógrafas, dejaron en el bazar notables escritores. Ahí pueden verse las de Marroquín, Carrasquilla, Ortiz, Vergara y Vergara, Caro, Fallon, Francisco A. Gutiérrez, Lázaro Pérez, Ignacio Gutiérrez Ponce (único que por dicha vive aún), Jorge Isaacs, Alejandro Posada, etc., etc., etc. Hay también allí una de Holguín, jocosa epístola en versos pareados, de fácil espontaneidad, dirigida al último de los poetas citados.

La hija de Caro, como cuadraba a su educación y al espíritu de la época, repartía su tiempo entre la lectura de buenos libros, la correspondencia epistolar, los paseos a caballo, las visitas de sociedad, el piano, la pintura y el bordado. Y en los días del bazar hallábase justamente bordando unas por cierto muy artísticas flores de seda, que aplicadas sobre raso blanco, debían servir para cubrir el frontal del altar del oratorio de familia. De entre ellas escogió algunas para enviarlas a los pobres. Y fueron tan admiradas, que varias de las poesías a que hemos aludido llevan por título “Las flores de la hija de Caro”.

Tal, por ejemplo, el siguiente y casi inédito soneto de Isaacs, que autógrafa se encuentra también en el álbum que conservamos:

LAS FLORES DE LA HIJA DE CARO

Eran como las que haces, esas flores
Que en ignoradas vegas recogía,
Para ufana ceñir la frente mía,
La púdica deidad de mis amores.

Esas que de sus bucles tembladores
Caer dejaba, cuando huír fingía
De mis halagos en la selva umbría,
Tuvieron de las tuyas los colores.

Aun en mis sueños el aroma aspiro
De las que ajó mi labio enamorado...
¿Por qué las tuyas reverente miro?

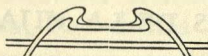
Desprecia el indigente las del prado,
Desdeña aquellas que en tu huerto admiro:
Por eso flores para el pobre has criado!



Así, de manera tan delicada, aquellas flores de vivos matices, pacientemente bordadas bajo el tranquilo ambiente de la casa del Carmen, inspiraron al egregio cantor del "Río Moro". Las otras, las destinadas no a los pobres sino al culto de Dios, lucieron luego en el altar del devoto oratorio de familia, donde algún tiempo después presenciaron —mudos pero simbólicos testigos— el matrimonio de Carlos Holguín y Margarita Caro.

Evocadoras de tantos recuerdos íntimos, tuvieron siempre el poder de despertar en el uno y en la otra afectos y emociones. Y hoy, después de setenta años, lucen intactas en la capilla del Monasterio de la Visitación de Bogotá, santo retiro de Sor María Clara Alacoque, que fue en el mundo María Holguín y Caro.

ALVARO HOLGUIN Y CARO



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico